

IDENTIDAD NACIONAL Y MODELOS FEMENINOS
EN LA OBRA DE PAULO DIÁCONO: LA IMAGEN
DE LA EMPERATRIZ SOFÍA*

*National identity and feminine models in the work
of Paulus Diaconus: the image of the empress Sophia*

Dionisio PÉREZ SÁNCHEZ
Universidad de Salamanca

BIBLID [0213-2052 (2004) 22, 161-177]

RESUMEN: En el presente trabajo se estudia la imagen negativa que el historiador lombardo Paulo Diácono ofrece de la emperatriz bizantina del siglo VI Sofía, visión relacionada tanto con su misoginia como con su clara concepción antibizantina. Sin embargo, aspectos característicos del ritual imperial bizantino, asociados a la figura de las emperatrices, son utilizados interesadamente por el religioso con la finalidad de realzar el importante papel jugado de hecho por las reinas y princesas lombardas, poniendo así de manifiesto contradicciones en el propio discurso del autor.

Palabras clave: Paulo Diácono, emperatrices bizantinas, reinas lombardas, poder imperial.

* Trabajo realizado dentro del Proyecto de Investigación de la DGICYT BHA 2003-01936. Un resumen del mismo fue leído en el XII Congreso de la FIEC, celebrado en Ouro Preto, Minas Gerais (Brasil) del 23 al 28 de agosto de 2004.

ABSTRACT: This work studies the negative image of the 6th century Byzantine Empress Sophia given by the Lombard historian Paulus Diaconus, a view related both to his misogyny and to his clearly anti-Byzantine perspective. However, characteristic aspects of the Byzantine imperial ritual, associated with the figure of the empresses are used interestingly by this cleric, highlighting the important role that the Lombard queens and princesses indeed played, and thus revealing contradictions in the author's discourse.

Key words: Paulus Diaconus, Byzantine empresses, Lombard queens, imperial power.

El escritor del siglo VIII Paulo Diácono escribe, en su *Historia de los Lombardos*, las razones por las cuáles los bizantinos se vieron obligados a abandonar Italia, tras la conquista efectuada por el emperador Justiniano dentro de su *renovatio imperii*. El historiador apunta como razón fundamental de esta pérdida la asunción del poder por parte de Justino II, sobrino de Justiniano, y sobre todo la negativa influencia de su esposa la emperatriz Sofía, que era sobrina de su antecesora Teodora¹. Sofía habría puesto en duda la fidelidad del eunuco Narsés, quien había conquistado finalmente la totalidad de los territorios italianos a los ostrogodos, tras ser enviado por Justiniano en lugar del general Belisario para comandar las fuerzas imperiales².

1. Sobre la figura de la emperatriz Teodora ver últimamente, entre otros, EVANS, J. M.: *The Empress Teodora. Partner of Justinian*, Austin, 2002; Foss, C.: «The Empress Theodora», en *Byzantion*, t. LXXII (2002), pp. 141-176.

2. *HL, II.5*: «Igitur deleta, ut dictum est, vel superata Narsis omni Gothorum gente, his quoque de quibus diximus pari modo devictis, dum multum auri sive argenti seu ceterarum specierum divitias adquisisset, magnam a Romanis, pro quibus multa contra eorum hostes laboraverat, invidiam pertulit.» Qui contra Iustiniano augusto et eius coniugi Sophiae in haec verba suggererunt, dicentes quia: «Expedit erat Romanis, Gothis potius servire quam Grecis, ubi Narsis eunuchus imperat et nos servitio permit; et haec noster piissimus princeps ignorat. Aut libera nos de manu eius, aut certe et civitatem Romanam et nosmet ipsos gentibus tradimus». Cumque hoc Narsis audisset, haec breviter retulit verba: «Si male feci cum Romanis, male inveniam». Tunc augustus in tantum adversus Narsis commotus est, ut statim in Italiam Longinum praefectum mitteret, qui Narsis locum obtineret. Narsis vero, his cognitis, valde pertimuit; et in tantum maxime ab eadem Sophia augusta territus est, ut regredi ultra Constantinopolim no auderet. Cui illa inter cetera, quia eunuchus erat, haec fertur mandasse, ut eum puellis in genicio lanarum faceret pensa dividere. Ad quae verba Narsis dicitur haec responsa dedisse: talem se eidem telam orditurum, qualem ipsa, dum viveret, deponere non possit. Itaque odio metuque exagitatus in Neapolim Campaniae civitatem secedens, legatos mox ad Langobardorum gentem dirigit, mandans, ut paupertina Pannoniae rura desererent et ad Italiam cunctis refertam divitiis possidendam venirent. Simulque multimode pomorum genera aliarumque rerum species, quarum Italia ferax est, mittit, quatenus eorum ad veniendum animos posit inlicere. Langobardi laeta nuntia et quae ipsi praeobtabant gratanter suscipiunt deque futuris commodis animos adtollunt. Continuo aput Italiam terribilia noctu signa visa sunt, hoc est igneae acies in caelo apparuerunt, eum scilicet qui postea effusus est sanguinem coruscantes». *MGH, SRG, Pauli Historia Langobardorum*, Hannover, 1978.

Según el historiador, el emperador Justino, alentado por su esposa, envió a Italia al prefecto Longino, con la finalidad de que ocupara el puesto de Narsés. Enterado del asunto, el general se alarmó y aterrorizó hasta tal extremo, sobre todo de la augusta Sofía, que no se atrevió jamás a volver a Constantinopla. Entre otras cosas, la emperatriz le habría hecho llegar su propósito de emplearle de manera humillante, como eunuco que era, en los trabajos de las mujeres de su gineceo, en concreto distribuyendo la lana de hilar entre éstas³. A esta amenaza Narsés habría respondido audazmente: que urdiría tal tela que Sofía no podría deshacerla en toda su vida. Movido por el odio y por el miedo, el general envió mensajeros a los lombardos, animándoles a que abandonaran la pobre tierra de la Panonia, y vinieran a tomar posesión de Italia, que se les presenta como un lugar de promisión, con su abundante variedad de frutos y generosa en todo tipo de productos. Tras esta invitación los lombardos, al frente del rey Alboíno, abandonaron Panonia, que el monarca habría cedido a sus amigos hunos, y se desplazaron con las mujeres, los hijos y todos sus bienes con la intención de instalarse en Italia.

En el texto, Paulo Diácono nos ofrece una clara oposición entre Narsés y la pareja imperial. Narsés, que había accedido al patriciado por el mérito de sus virtudes, se nos presenta como un hombre de gran piedad, de fe católica, muy generoso con los pobres y preocupado por la restauración de las iglesias. Su religiosidad, que le llevaba a ser ferviente tanto en las oraciones como en las vigilias que realizaba, condicionaba incluso, nos dice el historiador, su actividad guerrera y éxito militar, que obtendría más por sus abundantes plegarias a Dios que por el uso de las armas⁴. De hecho, además, se trataba de un hombre rico, puesto que había acumulado mucho oro, plata y riquezas de variada índole, y ello motivó la envidia de los romanos, a pesar de que había combatido denodadamente contra los enemigos de éstos⁵. Por el contrario, Justino II, sospechoso de pelagianismo, siempre según el testimonio de Paulo Diácono, era un hombre ávido y avaro, que despreciaba a los pobres y expoliaba a los *senatores*. Tal era el grado de su avidez que se hizo construir arcas de hierro en las que guardaba los talentos de oro que rapiñaba⁶. Pero Justino pierde el juicio al no atender debidamente el mandato

3. Resulta reveladora la inversión de papeles que se produce entre Narsés y Sofía, al representar en la obra del religioso lombardo imágenes de dominación (Sofía) y de sumisión, al relacionarse a Narsés con la tradicional labor de la mujer, consistente en el tejido de la lana.

Vid. para una época anterior PÉREZ, D. y GERVÁS, M.: «Imagen y realidad de la mujer en un aristócrata del siglo IV: Símaco», en *SHHA*, vol. 18, 2000, pp. 315-330.

4. *HL*, II, 3: «Hic Narsis prius quidem chartularius fuit, deinde propter virtutum merita patriciatus honorem promeruit. Erat autem vir piissimus, in religione catholicus, in pauperes munificus, in recuperandis basilicis satis studiosus, vigiliis et orationibus in tantum studens, ut plus supplicationibus ad Deum profusis quam armis bellicis victoriam obtineret».

5. *HL*, II, 5.

6. *HL*, III, 11: «Per haec tempora aput Constantinopolim, ut supra praemisum est, Iustinus minor regnabat, vir in omni avaritia deditus, contemptor pauperum, senatorum spoliator. Cui tanta fuit cupiditatis rabies, ut arcas iuberet ferreas fieri, in quibus ea quae rapiebat auri talenta congereret. Quem etiam ferunt in heresim Pelagianam dilapsam».

divino, y para gobernar el palacio y el imperio se procedió a la asociación, con el beneplácito de Sofía, de Tiberio al trono en su nueva condición de César; Tiberio, hombre «justo, útil, valeroso, sabio, gran dispensador de limosnas, recto en el juicio, brillante en la victoria» y sobre todo, como colofón a este conjunto de virtudes imperiales, auténtico cristiano⁷.

Se suscita de este modo un enfrentamiento con la augusta Sofía, que en su condición de «mala emperatriz», le reprende que distribuya a los pobres limosnas y que redima a cautivos, reduciendo según ella al Estado a la pobreza más absoluta, y dilapidando lo que la pareja imperial había tardado tantos años en reunir. Pero por el contrario, y tras la muerte de Justino, y a pesar de contar con Sofía como emperatriz, el nuevo Augusto seguirá dedicando los bienes del tesoro a la causa de la religión, lo que le asegurará el premio divino, que hará prosperar los asuntos terrenales⁸. De hecho, Tiberio es recompensado por su devoción a Dios descubriendo en el palacio un tesoro que, precisamente, se dedicó a las limosnas a los pobres. Pero, además, ocurrió que también fue desvelado al emperador el enorme tesoro que el patricio Narsés había ocultado en una cisterna de una gran casa que poseía en Italia. De acuerdo con su costumbre, el religiosísimo emperador, modelo de buen gobernante, distribuyó las riquezas halladas casi por completo entre los pobres, mostrando su gran magnificencia, y confirmándose con grandes alabanzas en la gloria del reino⁹.

Pero de nuevo, según el historiador lombardo, la emperatriz Sofía aparece para turbar la paz y la prosperidad conseguida. El religioso nos habla de los reiterados intentos de ésta por enfrentar a Tiberio con Justiniano, sobrino del difunto Justino II. Efectivamente, la augusta, olvidándose de la promesa hecha a Tiberio, aprovecha la ausencia de éste de la corte para llamar secretamente a Justiniano e intentar alzarlo al trono. Sabedor Tiberio de los manejos de Sofía, vuelve a Constantinopla y confina a la augusta, a la vez que la despoja de todos sus tesoros, dejándole sólo lo necesario para vivir¹⁰. Paulo Diácono no puede sin embargo ocultar el inmenso poder de Sofía, puesto que después de siete años de reinado y viendo llegada la hora de su muerte, Tiberio se pone de acuerdo con la augusta sobre la figura de su sucesor, designando a Mauricio, a quien entrega en matrimonio a su hija Constantina: «con esta muchacha te concedo mi imperio» afirma el emperador, reconociendo así el decisivo papel de la transmisión del poder por vía femenina¹¹.

7. *HL*, III, 11.

8. *HL*, III, 11: «Hic cum multa de thesauris quos Iustinus adgregaverat pauperibus erogaret, Suffia augusta frequentius eum increpabat, quod rem publicam redigisset in paupertatem...».

9. *HL*, III, 12.

10. *HL*, III, 12: «Quo comperto, Tiberius cursu veloci Constantinopolim regreditur adprehensamque augustam omnibus thesauris spoliavit, solum ei victus cottidiani alimentum relinquens...».

11. *HL*, III, 15.

En cuanto a las razones de la pérdida de Italia, autores de la mitad occidental del antiguo Imperio romano, como Mario de Avenches, el *Liber Pontificalis*, Isidoro de Sevilla o Fredegario, entre otros, avanzan en la línea expuesta anteriormente, según la cual el patricio Narsés estaría aterrizado por la amenaza que suponía la emperatriz Sofía o querría vengarse de la afrenta sufrida¹².

Por tanto, y pese a sus denodados propósitos, el historiador lombardo no puede ocultar, ni minimizar siquiera, el papel fundamental que las emperatrices desempeñaban en Bizancio, que se había ido incrementando sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo V. Judith Herrin es autora de una serie de importantes obras destinadas a poner de relieve los aspectos pretendidamente ocultos del poder femenino. En uno de sus trabajos aborda el conjunto de recursos mediante los cuales las emperatrices bizantinas establecían una relación creciente con la autoridad y el poder, que denomina «femenino imperial» (*Imperial Feminine*)¹³. A través de la conjunción no sistemática de elementos propios de la tradición pagana, del culto de la Virgen María y del desarrollo de una dinastía, las emperatrices, aunque no fueran de sangre real, como es el caso paradigmático de Teodora y Sofía, fueron accediendo y legitimando progresivamente un uso autocrático del poder, que permitió durante los siglos VIII y IX que la autoridad imperial adoptara formas femeninas. Ante la ausencia de reglas fijas relativas al comportamiento y atribuciones de las mujeres de los emperadores, más allá de la convención de que fueran conforme a la tradición, muchas emperatrices fueron capaces de adaptar la tradición a sus propios propósitos, sobre todo cuando el emperador no se conformaba plenamente a un determinado modelo de buen gobernante¹⁴.

En el caso concreto de Sofía contamos con estudios de gran trascendencia, como el de Av. Cameron, quien se extraña de forma lógica de la completa ausencia de la figura de esta emperatriz, por ejemplo, en la obra de Diehl dedicada a las soberanas bizantinas¹⁵. Son varias y de diversa índole las fuentes con las que contamos para poder conocer la vida y la obra de esta mujer imperial, dejando a un lado el fundamental testimonio de Paulo Diácono.

Juan de Éfeso proporciona una visión muy negativamente connotada de la pareja imperial, a la vez que se muestra complaciente con la figura de Tiberio, sucesor de Justino II. En gran medida se explica la oposición del historiador de la iglesia a Sofía y su esposo por el hecho de que éstos habrían mantenido posiciones favorables a los monofisitas en un momento inmediatamente anterior a su acceso

12. GOFFART, W.: *The Narrators of Barbarian history (A.D.: 550-800). Jordanes Gregory of Tours, Bede, and Paul the Deacon*, Princeton, 1988, p. 389, nº 184. Vid. tb. *De Administrando Imperio*, 27, pp. 112-117, *Dumbarton Oaks Text*, Washington, 1967.

13. HERRÍN, J.: «The Imperial Feminine in Byzantium», *Past and Present*, 169, 2000, pp. 3-35.

14. *Op. cit.*, p. 34.

15. CAMERON, AV.: «The Empress Sophia», *Byzantion*, XLV, 1975, pp. 5-21.

al trono, para después perseguir e intentar erradicar esta herejía¹⁶. Del mismo modo, el autor pone de manifiesto el, a su juicio, malvado carácter de Sofía, quien atribuye la demencia de su marido al hecho de que éste no le hubiera tenido la consideración que ella merecía. De esta manera, afirma que el reino habría venido por su influencia y que le habría sido devuelto tras el castigo sufrido por Justino, al no valorarla y vejarla¹⁷. Igualmente, Evagrio considera que la avaricia y por tanto el mal gobierno, constituyen el elemento definidor del reinado¹⁸.

Por el contrario, contamos con otras fuentes que abordan el reinado de Sofía de una manera menos agresiva e incluso laudatoria (como es el caso de Coripo), sin caer en todo caso en el ensañamiento de los autores anteriores, y aún reconociendo, como no podía ser de otra forma, la influencia decisiva de esta mujer imperial. Lo que parece evidente es que Sofía habría continuado incrementando el importante papel que jugaban las emperatrices orientales, y que en este sentido superaría las altas cotas alcanzadas por su tía Teodora¹⁹, siendo coronada augusta por su marido²⁰ y llevando a cabo una actividad de gobierno de carácter prácticamente independiente. Sabemos por Teófanos que Sofía habría ordenado la devolución del pago de las deudas y procedido para ello a la convocatoria de los banqueros y prestamistas²¹; esta medida se debería en último caso a la situación de penuria económica por la que pasaba el erario imperial, como consecuencia de la política de conquistas de Justiniano²². También sabemos por el mismo autor que la emperatriz Sofía firmó una tregua con el rey persa cuando su marido se encontraba ya incapacitado para gobernar, y por último, que tuvo un papel decisivo en la elección tanto de Tiberio como de su sucesor Mauricio, al consentir en el acceso de éstos al trono, a la vez que ella mantenía su papel predominante. A pesar de que su único hijo varón, Justo, había muerto a temprana edad, antes del año 565²³, la sobrina de Teodora participó activamente en los asuntos de su época, interviniendo tanto en cuestiones de carácter religioso como en la trama de conspiraciones y asesinatos características de la época²⁴.

16. ÉFESO, Juan de: *HE*, 1.22, 2.4-7. *John of Ephesus Ecclesiastical History, Part III*. Ed. and tr. E. W. BROOKS, *Corpus Scriptorum Christianorum Orientalium Scriptorum Syri*, 3rd series, nº 3, Louvain, 1952.

17. Íd. *HE*, 3,4.

18. EVAGRIO, *HE*, 5,1. *Evagre le Scolastique. The Ecclesiastical History of Evagrius with the Scholia*, en BIDEZ, J. y PARMENTIER, L. (Eds.): Ámsterdam, 1964.

19. PAZDERNICK, Ch.: «Our Most Pious Consort Given Us by God: Dissident Reactions to the Partnership of Justinian and Teodora, A.D. 525-548», *Classical Antiquity*, 13, 1994, pp. 256-281.

20. ZONARAS: *Epitome Historiarum*, 3.174.

21. TEÓFANES: *Chron.* A.M. 6060. *Chronicle of Theophanes Confessor. Byzantine and Near Eastern history AD 284-813*, MANGO, C. y SCOTT, R. (Eds.): Oxford, 1997.

22. Vid. WHITBY, M.: «The Successors of Justinian», en CAMERON, AV.; WARD PERKINS, B.; WHITBY, M. (Eds.): *The Cambridge Ancient History*, vol. 14, *The Late Empire, A.D. 445-600*, 2000, pp. 86-111.

23. Íd.: A. M. 6061.

24. BICLARO, Juan de: *Chron.* 568, narra el asesinato por mandato de la emperatriz de Justino, primo de Justino II: «Iustinus filius Germani patricii consobrinus Iustini imperatoris factione Sophiae Augustae

Entre los autores que abordan la figura de Sofía, Flavio Cresconio Coripo merece una especial atención. En efecto, este autor compondría un panegírico en honor de su marido Justino II²⁵, en el que la emperatriz aparece de forma clara como corregente, confiriéndosele un protagonismo y una importancia que la sitúa a la par que el soberano. De alguna forma, y con dos siglos de adelanto, constituye el contrapunto de Paulo Diácono, en cuanto que expresa y refuerza el conjunto de elementos que sancionan y legitiman el poder imperial a través del ensalzamiento de la figura de la emperatriz.

En el panegírico se nos presenta a Sofía con un papel claramente protagonista, que se pone de relieve en los preparativos de los funerales del anterior gobernante, y en concreto en la descripción que se hace del sudario de Justiniano, afirmándose que

no menos lloraba al padre amado la ilustre consorte del imperio y compasiva deploraba el destino de los hombres. Añade a los funerales paternos más ofrendas que las habituales y dispone que avance la comitiva apretada en apiñadas filas. Le ofreció además una túnica recubierta de valiosa púrpura, donde se representó..., la serie completa de las hazañas de Justiniano... La diligente Sofía ordenó que esto se realizara para que la hora fatal condujera hasta su augusta morada al regio cadáver, engalanado con sus propios triunfos²⁶.

La aceptación de la guardia imperial y de los senadores del nuevo emperador se nos presenta de forma intencionada cuando ya se ha constatado claramente la sanción divina del nombramiento, que afectaría por igual a la nueva emperatriz:

¿...quién intentaría impedirlo, cuando Dios ya había anunciado por su santa boca que el imperio sería concedido a Justino y a Sofía y había rodeado todo el palacio de una imponente muralla y de escuadrones celestiales?...²⁷.

Se trata de una legitimación religiosa que no constituye en sí un hecho aislado puesto que, de nuevo, se nos presenta con otra variante en el momento en que Tiberio, a través de la influyente Sofía, sustituye a Justino II en el trono, por la mediación de un ángel que transmite recta y juiciosamente la voluntad divina por boca del trastornado emperador²⁸.

in Alexandria occiditur», CAMPOS, J. (Ed.): *Juan de Biclaro. Obispo de Gerona. Su vida y su obra*. Introducción, texto crítico y comentarios, Madrid, 1960.

25. Vid. CAMERON, Av.: *Flavius Cresconius Corippus. In laudem Iustini Augusti minoris libri IV. Edited with translation and commentary*, London, 1976. Para un caso más concreto, HIDALGO, M. J.; PÉREZ, D.; RODRÍGUEZ, M.: «Poder político y legitimación: el Panegírico de Coripo y su utilización en el reino visigodo de Toledo», *Actas del Congreso de la FIEC*, Atenas, 2001, pp. 376-391.

26. *Panegírico de Justino II*, I, 272-278, 291-293. RAMÍREZ TIRADO, A. (Ed.): Madrid, 1997.

27. Íd. II. 210-214.

28. ÉFESO, Juan de: *HE*, III.5. Vid. CAMERON, Av.: «An Emperor's Abdication», *Byzantinoslavica*, t. XXXVII (1976) fasc. 2, pp. 161-167.

Ya en el prefacio de la obra se nos habla de manera figurada y simbólica de la bienhechora emperatriz Sabiduría, con quien el emperador comparte su reino. De esta forma, el imperio se basaría en tres pilares: la Madre de Dios, inspiradora y «madre» de las decisiones del emperador, encarnada en la Vigilancia, la Sabiduría, representada como hemos visto por la emperatriz, y la Justicia, que ostenta el propio Justino: «por estos tres nombres se rige todo lo que se mueve»²⁹. Es fundamental la equiparación o asimilación que hace Coripo entre Vigilancia y Sabiduría (Sofía), entre la *Theótokos* o Madre de Dios y la augusta emperatriz, cuando dice:

...vosotras, diosas, concededme las palabras; madre Vigilancia y Sabiduría, que, ostentando el poder supremo, das tu protección al universo, con vosotras me basta, a cambio de todas las Musas, para cantar mis versos; vosotras me descifraréis los secretos misterios. Y tú, Madre de Dios, tiéndeme tu santa diestra y ayúdame, te lo suplico³⁰.

Cuando el patriarca Juan impone el collar al emperador y la cabeza del soberano es consagrada con la sagrada diadema, se desata el clamor de los senadores y de los súbditos, quienes, como

innumerables voces desean vida a Justino y en igual número aclama la población en pleno a la emperatriz Sofía. Miles de voces diferentes cantan mil alabanzas; dicen que Justino y Sofía son dos luces iguales para el mundo; «¡reinad los dos durante siglos!», dicen y desean años venturosos a sus felices monarcas³¹.

El discurso de Justino ante el senado no deja lugar a dudas:

Sabiduría ha sido elegida como consorte de esta sagrada cabeza, para que, en su clarividencia, gobierne conmigo el mundo que me ha sido confiado, sentándose en el mismo trono³².

La extraordinaria importancia de Sofía está pues fuera de toda duda, ya que se trata de la divina y protectora emperatriz, que es además un nombre santo y venerable, constituyendo un bien inmortal, «Sabiduría de nuestra lengua», a la que Coripo se dirige pidiendo que consagre este su poema bajo sus auspicios, y que vuelva su mirada al que canta sus deseos ayudándole con su clemencia³³.

Pero la máxima expresión del poder y de la legitimación de toda índole que ostenta Sofía la encontramos en el párrafo en el que Coripo describe la procesión de Justino II a la basílica de Santa Sofía, mandada construir por su predecesor

29. Pref., pp. 20-26.

30. Íd. I, pp. 7-13.

31. Íd. II, pp. 160-173.

32. Íd. II, pp. 198-200.

33. Íd. III, pp. 145-151.

Justiniano, y expresión máxima de la sanción religiosa con que contaba el poder del emperador. Se trata de un texto de un gran valor y significado, que se puede interpretar, incluso, como una cierta preponderancia de la figura de la emperatriz sobre la de su augusto esposo:

El emperador Justiniano había consagrado un templo con el augusto nombre de Sofía cuando ostentaba el poder romano y su alma venerable, que no desconocía entonces, creo, el futuro, dirigía, propicia, sus plegarias a Cristo; ... Teodora reinaba en la época en que su fundador edificó la sagrada ciudadela que mereció ostentar el nombre de Sofía, aunque no gobernaba todavía: esos fueron los presagios del poder futuro. Una vez terminada, la obra reveló el enorme misterio que permanecía oculto bajo su grandiosa construcción. El camino ha aparecido ahora luminoso ante nuestros ojos. Con la claridad de la luz comprendemos que tiempo atrás el imperio fue prometido, como presente divino, a los piadosos Justino y Sofía; ha salido a la luz lo que antes estaba oculto y ningún velo impide ya nuestra visión. La sabiduría de Justiniano ha realizado sin duda una empresa digna de Sofía: edificó un hermoso templo, le proporcionó una sólida consistencia, lo comenzó, lo llevó a buen término y lo adornó y enriqueció con sus dones³⁴.

Por tanto, podemos ratificarnos en la idea de la enorme importancia que la emperatriz bizantina, y Sofía en particular, disfrutaba en este período, relevancia que constituye un claro desarrollo de los aspectos relacionados con el ritual político-ideológico y el desempeño del poder imperial por parte de las mujeres desde el siglo V, fundamentalmente, fuertemente asociado a la cristianización de la sociedad y deudor en gran medida de todo el legado clásico que, a partir de ahora, se «cristianiza» y sirve de legitimación y de refuerzo a la idea del «buen gobierno» y de la «buena emperatriz»³⁵.

En este sentido resulta muy esclarecedor estudiar las diferentes «miradas» que distintos historiadores podían dirigir a personalidades relevantes del mundo de la política de la época, como es el caso de Sofía. Esta mirada, que en definitiva es un juicio o valoración del personaje, sabemos que está claramente influida por la época y el contexto en el que se emite dicho juicio.

Tenemos noticia por Venancio Fortunato de que, dentro de la política religiosa de carácter colegiado de Justino II y Sofía, éstos enviaron como presente a Sta. Radegunda a Poitiers una reliquia de la Santa Cruz. Además, los soberanos obsequiaron

34. Íd. IV, pp. 265-285.

35. Vid. entre otras obras, HOLUM, K. G.: *Theodosian Empresses. Women and Imperial Dominion in Late Antiquity*, Berkeley, 1982; HERRÍN, J.: «In Search of Byzantine Women», en CAMERON, AV.; KUHRT, A. (Eds.): *Images of Late Antiquity*, Londres, 1983; STAFFORD, P.: *Queens, Concubines and Dowagers. The King's Wife in the Early Middle Ages*, Londres, 1983; CLARK, G.: *Women in Late Antiquity*, Oxford, 1993; LIMBERIS, V.: *Divine Heiress. The Virgin Mary and the creation of Christian Constantinople*, Londres, 1994; GARLAND, L.: *Byzantine Empresses: Women and Power in Byzantium, AD 527-1204*, Londres, 1999; JAMES, L.: *Empresses and Power in Byzantium*, Londres, 2001.

a Roma con la llamada Cruz Vaticana, que reproducía un retrato de ambos en sus brazos y en medio de la cual había un medallón del Cordero de Dios; esta obra de arte al mismo tiempo guardaba otro resto de la sagrada reliquia, y responde a modelos bizantinos similares³⁶. Estas donaciones y otra serie de acontecimientos debieron de influir decisivamente en la opinión del autor citado, pues compuso dos himnos y un poema conmemorando el hecho, donde se pone de manifiesto que la iniciativa de la donación habría partido de Sofía, a la que se llama de manera muy reveladora «nueva Helena»³⁷.

Paulo Diácono, por el contrario, pretende en toda su obra establecer una clara línea antibizantina, y para ello recurre tanto a los tópicos como a la realidad política de la corte romano oriental. Son varias los estudios que analizan la obra del autor.

Se ha afirmado el carácter misógino del autor, acorde con su condición de hombre de iglesia, que le lleva en su obra a exponer una visión mayoritariamente negativa de la mujer³⁸, también la de origen lombardo. Pero sobre todo, en el plano propagandístico subyace la idea del buen gobierno, compartido tanto por el rey como por la reina, que constituiría la línea divisoria y diferenciadora entre los imperiales y los reyes de Italia, en la medida en que se da una imagen negativa de los primeros. Por tanto, en este enfrentamiento político, el historiador se dedica a construir modelos que sirvan, respectivamente, a sus fines de legitimación-deslegitimación, encarnados en figuras femeninas de condición real, convenientemente analizadas por los prejuicios selectivos del religioso.

Ante todo, el principal elemento condenatorio en Paulo Diácono viene asociado con la imagen de la soberana que actúa independientemente de su esposo (en algún caso *contra* su esposo, como podría deducirse de algún pasaje) y de la que emana de forma muy notoria un poder omnímodo, en la medida en que se entiende, como ocurría en otras cortes, que la reina-emperatriz se comportaba como un hombre *–viriliter–*³⁹. También se expone el caso de la soberana que había sido infiel con su consorte, lo que daba lugar a toda una serie de descalificaciones dentro de la subordinación que se pretendía mantener entre ambos, y que se concretaba en las virtudes recíprocas características de los cónyuges.

Frente al caso paradigmático de la reina lombarda Teodolinda, que a continuación expondremos, el historiador lombardo nos habla de la consorte infiel que,

36. CAMERON, AV.: «The Empress...», pp. 11-12.

37. FORTUNATO, Venancio: *App. Carm. II. MGH, AA, t. IV*. Vid. tb. TOURS, G. de: *HF*, IX.40. Sobre el papel del autor, BRENNAN, B.: «Venantius Fortunatus: Byzantine Agent?», *Byzantium*, t. LXV (1995), fasc. 1, pp. 7-16.

38. SESTAN, E.: «La storiografia dell'Italia longobarda: Paolo Diacono», en *La storiografia altomedievale*, XVII Settimane di Studio del Centro italiano di Studi sull'Alto medioevo, Spoleto, 1970, pp. 357-386, esp. pp. 383-4.

39. Para los casos visigodo y franco, fundamentalmente, *vid.* nuestro artículo: «La condición de la mujer y el poder real en la sociedad visigoda», en *Romanobarbarica*, 16, 1999, pp. 169-208.

como Romilda, viuda del duque de Friuli Gisulfo, entrega la ciudad de Cividale al enemigo atraída por la apostura y juventud del rey de los avaros⁴⁰. Romilda se nos presenta como una meretriz que, llevada por las pasiones, no duda en anteponer éstas a la prosperidad de los ciudadanos y de sus propios parientes, convirtiéndose así en cruel traidora de la patria (*traditrix patriae*). Es decir, con su conducta Romilda no responde al modelo virtuoso que de ella se esperaba, y por ello es castigada ejemplarmente por el rey avaro que la ha seducido, que considera que una mujer tal no es digna de ningún marido y sólo merece la muerte y el oprobio.

Paulo Diácono nos narra a continuación cómo los hijos de Romilda consiguen recuperar el gobierno del ducado, y además nos hace saber que sus dos hijas no siguen el comportamiento libidinoso de la madre, sino que ante todo se preocuparon de que su castidad no fuera mancillada por semejantes bárbaros. Es decir, de alguna manera se recupera el modelo de reina virtuosa depositaria de un legado clásico (es interesante observar la confrontación avaros-lombardos como el resultado de la oposición barbarie-civilización), que tendrá su colofón en el matrimonio de ambas, por el que se convirtieron en reinas de los alamanes y de los bávaros, respectivamente. De acuerdo con esta idea ambas obtendrían matrimonios acordes con su nobleza (*iuxta nobilitatem suma dignis sunt nuptiis potitae*).

Incluso el rey Alboíno, responsable de la invasión lombarda de Italia, morirá tres años después debido a las tramas urdidas por su mujer Rosmunda⁴¹. Ésta, tras recibir una grave afrenta de su marido, conspira para asesinarle con la connivencia de su amante, de manera que Alboíno, rey guerrero valerosísimo, de una audacia extrema, morirá por las intrigas de una mujerzuela⁴². De nuevo al igual que Romilda, la traición de Rosmunda se traduce tanto en el plano de la conspiración interna como en la traición que supone el aliarse con un enemigo exterior en detrimento del reino y de su seguridad. En este caso es muy revelador el que Rosmunda se refugie en Ravena junto al prefecto bizantino Longino, proverbial enemigo de los lombardos, quien también intentará conseguir los favores y el matrimonio de la todavía reina lombarda. Los hechos acaecidos con posterioridad son muestra, según el religioso, de la iniquidad de la reina, y terminarán finalmente y de manera ejemplar con la muerte de ésta y de su amante⁴³. Pero al mismo tiempo Paulo Diácono nos narra que Rosmunda se había dirigido a Ravena llevando consigo todos los tesoros de los lombardos, además de su propia hija Albsuinda, y que, una vez muerta su madre, ésta es enviada por el prefecto junto con las riquezas mencionadas

40. *HL*, IV, 37.

41. *HL*, II, 28: «...insidiis suae coniugis intereptus est».

42. *Íd.*: «...Sed heu! pro dolor! vir bellicosissimus et summae audaciae nihil contra hostem praevalens, quasi unus de inertibus interfectus est, uniusque mulierculae consilio periit, qui per tot hostium strages bello famosissimus extitit».

43. *HL*, II, 29: «...Illa ut erat ad omnem nequitiam facilis, cum optat Ravennatum domina fieri, ad tantum perpetrandum facinus adsensum dedit».

a la corte de Constantinopla⁴⁴. Es decir, de una forma implícita, nuestro autor está reconociendo, a pesar de la visión negativa que se realiza en el texto, el papel fundamental que tenía en los asuntos del reino y en su legitimación tanto la soberana como la princesa real⁴⁵.

De acuerdo con una serie de historiadores que han estudiado la obra de Paulo Diácono, parece evidente que los intereses de éste se mueven en una dirección clara, consistente en enfatizar la relación existente entre el catolicismo y su implantación en el reino lombardo por un lado, y el de la defensa a ultranza de una conciencia nacional, por otro, que utiliza precisamente el credo religioso en su propósito de construir una determinada visión histórica de los acontecimientos⁴⁶.

En este orden de cosas la reina lombarda Teodolinda jugará un papel esencial, en la medida en que representará un compendio de virtudes que son expresión del católico reino lombardo. De acuerdo con el historiador, Teodolinda jugará un papel esencial en el reinado de sus dos esposos, los reyes Autario y Agilulfo, siendo ella precisamente la que elegirá a Agilulfo como su consorte a la muerte del primero⁴⁷. La vertiente religiosa de la reina y su fundamental ascendiente se evidencia en las excelentes relaciones que mantenía con el papa Gregorio Magno, quien le envía una copia de sus *Diálogos*⁴⁸. A la vez que lleva a cabo una importante labor fundacional, que beneficiaba claramente a la iglesia católica⁴⁹, la reina actúa de forma decisiva a favor de la paz entre el rey lombardo, los bizantinos y el papa de Roma, lo que motiva una carta de agradecimiento de este último⁵⁰. Pero este interés antes mencionado por recalcar la relación existente entre catolicismo y reino se pone de manifiesto de nuevo cuando el religioso nos habla de la construcción por mandato de la reina de una iglesia en Monza dedicada a San Juan Bautista⁵¹. Pero poco después, la soberana (y no su marido) manda construir un palacio en esta misma localidad, en el que hace pintar algunas de las empresas más importantes protagonizadas por los lombardos a lo largo de su historia⁵². Es precisamente en este palacio en el que nacerá el futuro rey Adaloaldo, hijo de Agilulfo y de la reina⁵³, con quien Teodolinda compartirá el trono durante diez años⁵⁴.

Cuando en el año 663 el emperador bizantino Constante II desembarca en la península itálica con el propósito de conquistarla, pregunta a un eremita próximo

44. Íd. II, 30.

45. Vid. para la historia de los lombardos en general N. CHRISTIE, *The Lombards*, Oxford, 1995.

46. GOFFART, W.: *op. cit.*, p. 332.

47. *HL*, III, 30; III, 35.

48. Íd. IV, 5.

49. Íd. IV, 6.

50. Íd. IV, 7 y IV, 9.

51. Íd. IV, 21.

52. Íd. IV, 22.

53. Íd. IV, 30.

54. Íd. IV, 41.

a Tarento, famoso por sus profecías, si Constantinopla podría finalmente someter al pueblo lombardo que habitaba Italia. El religioso le contesta que esto no podría ocurrir de ninguna manera, puesto que una reina llegada de otra tierra, en alusión a Teodolinda, había hecho construir sobre suelo lombardo la basílica dedicada a Juan Bautista, y debido a ello el santo intercedía continuamente a favor de este pueblo⁵⁵. De hecho, Constante II será asesinado en Siracusa en el año 668, poniendo fin de momento a las ambiciones imperiales en Italia⁵⁶. Además de la decisiva influencia de esta reina en los asuntos políticos y religiosos, que se concreta de forma clara en la diadema que lleva su nombre, y que junto con otros elementos característicos del arte lombardo muestra la decisiva influencia de la iconografía de Bizancio, advertimos la configuración de una línea familiar que por vía femenina se continuará en su hija Gundiperga⁵⁷. Ésta, a la muerte del rey Roderico, acaecida en el año 652, contraerá matrimonio con su hijo y sucesor, Rodoaldo. Paulo Diácono nos dice que «Rodoaldo, asumiendo el trono a la muerte de su padre, asoció (en el gobierno) a Gundiperga»⁵⁸. Pero también nos dice que la nueva reina, al igual que su madre había hecho en Monza, manda construir dentro de los muros de Pavía una basílica en honor a San Juan Bautista, a la que dotó con rentas muy altas y decoró admirablemente con oro, plata y telas preciosas. Por tanto, la base del poder de las reinas, además de factores coyunturales que reforzaban su influencia, hay que relacionarla también con el control de una serie de elementos de carácter ideológico y religioso, que venían asociados a determinados cultos de santos, que se asociaban a su vez con la monarquía y con el reino, y que sancionaban el poder de las soberanas⁵⁹.

La proyección de la figura de Teodolinda llegará al reino visigodo de Toledo, y dará pie a la carta que el rey católico Sisebuto dirige al lombardo Adaloaldo, hijo de la reina aludida y sin embargo seguidor de la fe arriana. El rey visigodo hace todo un alarde a fin de convencer de su error al lombardo, y esgrime entre otras razones la figura de la reina, compendio de todas las virtudes, mujer docta, religiosa, sabia, imbuida de justicia y prudencia⁶⁰. Es posible, tal y como afirma Sestini⁶¹, que acorde con la misoginia característica de Paulo Diácono, al religioso le parecieran peligrosas todas las mujeres bellas, lo que le lleva a elogiar a la duquesa de Friuli Ratperga, porque era «facie rusticana». Sin embargo, parece que, más allá de este prejuicio evidente, el religioso sabía de la importancia que podía adquirir una

55. Íd. V, 6.

56. HUMPHRIES, M.: «Italy A.D. 425-605», en *The Cambridge Ancient...*, pp. 525-551.

57. ABERG, N.: *Die Goten und Langobarden in Italien*, Upsala, 1924.

58. *HL*, IV, 48.

59. Sobre la política religiosa de Teodolinda es fundamental la obra de BOGNETTI, G. P.: *L'età longobarda*, vol II, especialmente el capítulo titulado «Teodolinda e la funzione dello scisma dei tre capitoli nella conversione dei longobardi al cattolicesimo», Milan, 1966, pp. 179-302.

60. GIL, J.: *Miscellanea Wisigothica*, Sevilla, 1972, p. 22.

61. *Op. cit.*, pp. 383-384.

mujer de condición real, al mismo tiempo que no era ajeno a la decisiva influencia que ésta podía llegar a tener. Está claro que Paulo considera que la función primordial de la reina no es otra que la de su sumisión al soberano proporcionándole herederos y apoyándole en el trono por lazos dinásticos, pero también utiliza el papel determinante jugado por ciertas reinas para ilustrar su narración histórica, como hemos dicho imbuida de un discurso católico y nacionalista, además de fuertemente antibizantino.

Este sentimiento antibizantino, que se expresa a la perfección en la caracterización de los distintos personajes pertenecientes al imperio romano oriental que pueblan su obra, pudo ser también un punto de referencia básico para establecer una neta distinción, en términos de mala y buena emperatriz, entre las soberanas bizantinas y las lombardas. Paulo Diácono, hombre culto y atento al mundo que le rodeaba, pudo saber perfectamente de emperatrices bizantinas como María, esposa de León III, o Irene, consorte de Constantino V e hijo del anterior. Sabemos por Teófanos que María, tras ser coronada *augusta*, en reconocimiento por el nacimiento de su hijo Constantino, acude con éste para que fuera bautizado por el patriarca en la iglesia de Santa Sofía. La emperatriz en dicha ocasión y según Teófanos avanzó en procesión sola, sin su marido, a las puertas del santuario, en cuyo interior le esperaba el soberano con unos pocos miembros de su séquito. Una vez concluida la ceremonia, María vuelve de nuevo en procesión con su hijo recién bautizado, asumiendo como mujer que era las atribuciones reservadas al soberano, repartiendo donativos en su trayecto de regreso desde la iglesia de Santa Sofía a las puertas de entrada al palacio⁶². En cuanto a Irene, la primera esposa de Constantino V, se nos dice que dio a luz el primer príncipe imperial nacido en la púrpura, *porphirogennetos*, en alusión a la habitación de color púrpura en la cual las emperatrices alumbraban a sus hijos desde mediados del siglo VIII en adelante. Parece claro que el ritual que rodeaba a las augustas imperiales no había hecho otra cosa sino desarrollarse y alcanzar grandes niveles de sofisticación, que servían para realzar su estatus y su poder potencial.

Se trata seguramente de actitudes que Paulo Diácono concebiría como desarrollo del poder detentado por Sofía en el siglo VI, y que por tanto contarían lógicamente con la enérgica condena del religioso. Pero además, como veremos, se podía tratar también de manifestaciones que competían con las expresiones de poder características de las reinas lombardas, por lo que necesitaban de una condena expresa, a pesar de que en gran medida fueran el modelo en el cual se basaba la figura de soberanas como Teodolinda o de princesas de sangre real como la duquesa Adalperga.

Paulo Diácono expresa en sus obras este carácter diferenciador entre las emperatrices bizantinas y las reinas lombardas. Sabemos que el religioso dedicó el primero de sus escritos, consistente en un poema sobre las edades del mundo, a

62. Vid. HERRÍN, J.: *op. cit.*, p. 24.

Adalperga, hija del último rey lombardo, Desiderio⁶³. Pero la conexión del historiador con esta duquesa no termina aquí, puesto que su *Historia Romana* está dedicada a la misma mujer, en estos momentos duquesa de Benevento junto con su marido Arichis II. El prefacio de la obra está dedicado a su señora Adalperga, quien es depositaria de una gran sabiduría y elegancia, y a quien desagrada la brevedad de la obra de Eutropio, que había conocido seguramente por Paulo, a la vez que rechaza que el autor pagano hubiera dejado fuera de sus escritos toda mención a la historia religiosa y a la religión católica⁶⁴. Por ello, Adalperga encarga a Paulo que amplíe la obra de Eutropio e inserte fragmentos de las Sagradas Escrituras a fin de dar mayor claridad a la cronología original del autor. La obra abarcaría el período comprendido entre el reinado del emperador Valentiniano I y la época de Justiniano, y se promete a la duquesa que la narración llegaría a los tiempos en que vivían.

La obra en cuestión fue escrita antes de la entrada en la vida política del reino lombardo de Carlomagno, pero a pesar de ello, se advierte cómo se establece un fuerte vínculo entre el historiador y la pareja ducal de Benevento. Sabemos que Desiderio es nombrado rey lombardo en Pavía en el año 757. Poco después, en el 758, el duque Arechis II casa con Adalperga⁶⁵. Del mismo modo, tras la intervención del reino franco, Carlomagno se proclama rey lombardo en el año 774, tras tomar prisionero a Desiderio y repudiar a la hija de éste, con la que se había desposado. Pero al mismo tiempo, Arechis II asume retadoramente el título de *princeps gentis Longobardorum*, haciéndose ungir por sus obispos y portando la corona de rey, a la vez que desarrolla una ceremonia real, promulga leyes y acuña monedas con su título real completo⁶⁶. Carlomagno emprenderá por ello una campaña militar contra Arechis que obliga al beneventano a retirarse a Salerno e

63. GOFFART: *op. cit.*, p. 336.

64. «DOMINAE ADELPERGAE EXIMIAE SUMMAEQUE DUCTRICI. PAULUS EXIGUUS ET SUPLEX. Cum ad imitationem excellentissimi comparis, qui nostra aetate solus paene principum sapientiae palmam tenet, ipsa quoque subtili ingenio et sagacissimo studio prudentium arcana rimeris, ita ut philosophorum aurata eloquia poetarumque gemmea dicta tibi in promptu sint, historiis etiam seu commentis tam divinis inhaereas quam mundanis, ipse, qui elegantiae tuae studiis semper fautor extiti, legendam tibi Eutropii historiam tripudians optuli. Quam cum avido, ut tibi moris est, animo perlustrasses, hoc tibi in eius textu praeter immodicam etiam brevitatem displicuit, quia utpote vir gentiles in nullo divinae historiae cultusque nostri fecerit mentionem; placuit itaque tuae excellentiae, ut eandem historiam paulo latius congruis in locis extenderem eique aliquid ex sacrae textu scripturae, quo eius narrationis tempora evidentius clarent, aptarem. At ego, qui semper tuis venerandis imperiis parere desidero, utinam tam efficaciter imperata facturum quam libenter arripui. Ac primo paulo superius ab eiusdem textu historiae narrationem capiens eamque pro loci merito extendens, quaedam etiam temporibus eius congruentia ex divina lege interserens eandem sacratissimae historiae consonam reddidi... vale divinis domina mater fulva praesidiis celso cum compare tribusque natis et utere felix». *Pauli Historia Romana. Scriptores Rerum Germanicarum*. Berlín, 1879.

65. FALKENHAUSEN, V. Von: «I Longobardi Meridionali», en GUILLOU, A. *et alii: Il Mezzogiorno dai Bizantini a Federico II*, Torino, 1983, pp. 251-364.

66. *Op. cit.*, p. 258.

iniciar conversaciones de paz con el rey franco que se concretan en la entrega de su hijo Grimoaldo como rehén a la vez que reconocía la soberanía de Carlomagno. Después de varios intentos por recuperar la autonomía perdida, Arechis morirá en el año 787, junto con su primogénito. Es aquí cuando entra en escena de nuevo Adalperga, que solicita y consigue de Carlomagno que su hijo Grimoaldo sea devuelto a Benevento de su cautiverio, para ponerse al frente del ducado. El rey franco cede a cambio de que éste le jure fidelidad, comprometiéndose además a que mantuviera su nombre en monedas y documentos. Grimoaldo III, que se desposará con Evancia, cuñada del emperador bizantino Constantino VI, a la que repudiará más tarde, protagonizará hasta su muerte en el año 806 una política sumamente pragmática, intentando mantener la autonomía de su ducado frente a francos y bizantinos⁶⁷.

Observamos una serie de circunstancias que hacen de Adalperga un personaje clave en los acontecimientos de su época. Inspiradora de la obra de Paulo Diácono, hija de reyes, en determinado momento cuñada de Carlomagno, asume con su marido un claro propósito de realce e independencia del ducado, que se concreta en muchas ocasiones en la emulación de comportamientos conocidos como «imperiales», que servían para legitimar y engrandecer su posición frente a competidores tales como francos, bizantinos o el propio papado. De hecho, sabemos que la pareja ducal, imitando al emperador Justiniano, hace construir en su capital una capilla palatina que era un reflejo exacto de la basílica de Santa Sofía, en la que depositan reliquias como la del santo militar bizantino Mercurio. El propósito de Paulo de ensalzar a los duques de Benevento se observa en el epitafio que escribió a la muerte de Arichis, ocurrida el 26 de agosto del 787, y también en el epitafio dedicado a Ansa, madre de la duquesa Adalperga y viuda del último rey lombardo⁶⁸. Como vemos, Adalperga desempeña un papel sobresaliente a la muerte de su marido, y en clara pugna con el papa Adriano I, convence a Carlomagno para que permita a su hijo Grimoaldo regresar al ducado y asumir sus funciones de gobierno.

Como hemos dicho, dentro del propósito de Paulo Diácono de construir una historia nacional de los lombardos instalados en Italia a partir de la invitación pretendidamente cursada por Narsés, se observa una actitud claramente contraria a Bizancio, que no puede ocultar sin embargo las claras influencias recibidas por los lombardos en varias facetas de su sociedad, tanto por ejemplo en los edificios religiosos fundados por piadosas reinas o hijas de reyes, como Teodolinda o Adalperga, como en el desarrollo de un ceremonial imperial que toma prestados elementos esenciales de la corte bizantina. Existe además una distorsión de las figuras femeninas en la medida en que pertenecen a uno u otro bando. Mientras que

67. *Op. cit.*, p. 260.

68. GOFFART: *op. cit.*, p. 343. *MGH, Scriptores rerum Langobardorum et Italicarum saec. VI-IX*, Hannover, 1878.

Sofía se nos presenta como una mujer de carácter tiránico e infiel, que suplanta a los gobernantes masculinos en lo que se describe como una «mala emperatriz», las mujeres lombardas de sangre real muestran en la obra del religioso unos comportamientos más sumisos y respetuosos respecto a la figura del varón, aunque en realidad figuras como Teodolinda o Adalperga tengan de hecho un enorme poder que utilizan para preservar sus intereses, y en gran medida, también los de su *factio*.

La importancia de Teodolinda, verdadera impulsora de la conversión lombarda al catolicismo, esposa y madre de reyes, al igual que el papel desempeñado por la duquesa de Benevento respecto al reforzamiento de valores entendidos como «nacionales» frente a las asechanzas de otros poderes políticos, se recubren de una serie de virtudes que nos presentan de forma intencionada a ambas de acuerdo con el modelo cristiano de la buena esposa, basado en las Sagradas Escrituras, que las hace, dentro de una imagen de humildad, depositarias de un conjunto de virtudes que sirven también para afianzar su posición en el reino.

Por el contrario, en su propósito por establecer el inicio del reino lombardo, Paulo Diácono asocia éste a la actitud negativa de la emperatriz Sofía, modelo de «mala emperatriz» y causante de los fracasos del imperio bizantino, que se concretan en la pérdida de Italia, en la medida en que como mujer y de forma transgresora asume papeles reservados al hombre y humilla al general Narsés, provocando su sedición.

En este reclamo al pasado, que tiene como finalidad establecer los hitos fundacionales del reino lombardo, Sofía representa en la propaganda ideológico-política del historiador la razón de la derrota bizantina, al entender que su condición de mujer no se correspondía con el modelo católico del buen gobierno, al usurpar funciones reservadas a los varones y de este modo rompiendo con la tradicional y aceptada «pasividad» del género femenino. El general bizantino Narsés, artífice de la reconquista del territorio tras la derrota de los ostrogodos, es relevado de sus funciones militares y administrativas por orden de Sofía, de manera que el «hombre» (aunque en este caso fuera un eunuco) es amenazado con ser enviado al gineceo de la emperatriz para allí desempeñar labores femeninas, el hilado de la lana, en una clara trasposición de papeles. De lo que se trata es de buscar una razón a la derrota bizantina, pero a través de la condena de la «visibilidad» de la mujer de condición real, de manera que sus atribuciones en aspectos ceremoniales o del propio desempeño del poder cuestionen o anulen el poder masculino, como ocurrió en el reinado del emperador Justino II e incluso en el de Tiberio. Esto no quiere decir que las reinas lombardas no tuvieran recursos que les permitieran ejercer una influencia decisiva en diversos ámbitos, pero el modelo que se presenta se asocia más a la pasividad y a la sumisión respecto a la humildad cristiana, que constituyen una imagen más acorde con la religión, el nacionalismo y la misoginia de Paulo Diácono. Éste en el fondo establece, junto a sus prejuicios, una emulación y una competición en la fijación de modelos entre la mujer lombarda y la bizantina, condenando junto a Sofía a aquellas reinas lombardas que, de alguna manera, se asocian al poder imperial oriental o a cualquier enemigo exterior, como es el caso de Rosamunda o Romilda.